

# La familia de Dios

---

**Mas vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio,  
nación santa, pueblo adquirido por Dios,  
... pueblo de Dios... (1 Pedro 2.9–10).**

---

---

**L** OS santos de Dios son designados por varios términos en el Nuevo Testamento. Se les refiere como “la iglesia”, un término que indica que son una gente “llamada para afuera”. Se llaman “el cuerpo de Cristo”, un término que da énfasis a la unidad de los miembros. Se llaman también el “reino de Dios”, un término que recalca el gobierno divino de la gente del Señor; también se llaman una “casa” o familia, que muestra la propiedad de Dios. Note estos pasajes que enseñan estas verdades:

Así que ya no sois extranjeros ni advenedizos, sino conciudadanos de los santos, y miembros de la familia de Dios, edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo, en quien todo el edificio, bien coordinado, va creciendo para ser un templo santo en el Señor; en quien vosotros también sois juntamente edificados para morada de Dios en el Espíritu (Efesios 2.19–22).

Por esta causa doblo mis rodillas ante el Padre de nuestro Señor Jesucristo, de quien toma nombre toda familia en los cielos y en la tierra (Efesios 3.14–15).

Esto te escribo, aunque tengo la esperanza de ir pronto a verte, para que si tardo, sepas cómo debes conducirte en la casa de Dios, que es la iglesia del Dios viviente, columna y baluarte de la verdad (1 Timoteo 3.14–15).

Porque es tiempo de que el juicio comience por la casa de Dios; y si primero comienza por nosotros, ¿cuál será el fin de aquellos que no obedecen al evangelio de Dios? (1 Pedro 4.17).

La gente de Dios, descrita con la imagen de una casa o una familia, ciertamente es una designación hermosa y sugestiva de la iglesia como los salvos. Representa la tierna preocupación de Dios para el bienestar de su gente.

## I. LAS CARACTERÍSTICAS DE LA FAMILIA DE DIOS

*Dios es el Padre de su familia, la iglesia.* Pablo escribió:

Pues aunque haya algunos que se llamen dioses, sea en el cielo, o en la tierra (como hay muchos dioses y muchos señores), para nosotros, sin embargo, sólo hay un Dios, el Padre, del cual proceden todas las cosas, y nosotros somos para él; y un Señor, Jesucristo, por medio del cual son todas las cosas, y nosotros por medio de él (1 Corintios 8.5–6).

Un Dios y Padre de todos, el cual es sobre todos, y por todos, y en todos (Efesios 4.6).

Ya que Dios es el Padre de su familia, la iglesia de consecuencia *no* es el padre de la gente impía, pecaminosa, y rebelde del mundo. Jesús le dijo a un grupo de judíos que creían en él, “Vosotros sois

de vuestro padre el diablo, y los deseos de vuestro padre queréis hacer” (Juan 8.44). Hay tantas personas que llaman a Dios como su padre, pero no son sus hijos. No han vuelto a nacer del agua y del espíritu. Todavía son de su padre, el diablo, y continuarán a ser así hasta que obedezcan la verdad.

Cuando yo era niño pequeño a mediados de los años veinte, la gente de nuestra comunidad tenía un “picnic” (una comida campestre) cada año. A veces era el cuatro de julio (el día de la Independencia en los EE.UU.); otras veces era en otra fecha más conveniente. Solía durar dos días, la mayoría de la gente de la región quedándose allí por lo menos uno de estos días. Se hacían puestos de hamburguesas, helado, y limonada; y de noche tocaban bandas de instrumentos de cuerda, y cantaban. El último día del picnic se terminaba con un partido de béisbol. La gente se paseaba por acá y por allá en el terreno; reían, y visitaban con vecinos. Casi siempre los niños se separaban de sus padres y comenzaban a llorar. Yo le agarré la mano a mi padre en medio de la muchedumbre que se arremolinaba alrededor de nosotros y por eso nunca me perdí. Pero me acuerdo de un niño que le venía corriendo a un hombre alto que estaba parado hablándole a mi padre, le agarró por la pierna, y lo asió firmemente llorando, “¡Papá, papá, me perdí!”. Entonces el niño miró hacia arriba y reconoció que ése no era su padre. El niño se había equivocado.

Millones que llaman a Dios su padre están equivocados. Muchos son personas religiosas que han sido engañadas por maestros falsos. Muchos creen que todo lo que es necesario es ser “honesto y sincero en lo que uno cree”. Muchos creen que Dios es su Padre porque “se sienten tan bien por dentro”. Algunos de ellos han respondido a la invitación en algún servicio de una iglesia y han firmado una tarjeta, confesando que creen en Cristo y que Dios por medio de Cristo les había perdonado los pecados. Es sólo con gran dificultad que algunas de estas buenas personas por fin lleguen a un conocimiento de la verdad y que nazcan del agua y del Espíritu y así en verdad tengan a Dios como su padre.

*El Nuevo Testamento también enseña que Jesucristo es el hijo sobre la casa de Dios:*

Porque de tanto mayor gloria que Moisés es estimado digno éste, cuanto tiene mayor honra que la casa el que la hizo. Porque toda casa es hecha por alguno; pero el que hizo todas las cosas es Dios. Y Moisés a la verdad fue fiel en toda la casa de Dios, como siervo, para testimonio de lo que se iba a decir; pero Cristo como hijo sobre su casa, la cual casa somos nosotros,

si retenemos firme hasta el fin la confianza y el gloriamos en la esperanza (Hebreos 3.3-6).

La palabra *casa* se menciona seis veces en este pasaje. Literalmente, quiere decir “miembros de la familia de una casa” y tiene referencia a la familia que vive en la casa. Se le señala a Jesús en versículo tres como el que edifica la casa de Dios, bajo Dios el Padre. La casa de Dios se compone de cristianos, no israelitas.

Hay otro sentido según el cual Jesús está “sobre la casa de Dios”. Sirve sobre la casa de Dios como sumo sacerdote, por medio del cual los hijos de Dios pueden acudir al trono de gracia para recibir merced y encontrar misericordia para ayudarles en cada ocasión de necesidad.

Y teniendo un gran sacerdote sobre la casa de Dios (Hebreos 10.21).

Por lo cual puede también salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos (Hebreos 7.25).

Los cristianos son los hijos de la familia de Dios. Nadie llega a formar parte de la familia de Dios de la misma manera en que se haría miembro de un club. Ni se hace uno un hijo de Dios anunciando que ha tenido “una experiencia” y “se siente” como si haya sido salvado y así aceptado en la familia de Dios. Uno tiene que pasar a formar parte de la familia de Dios por medio de un nuevo nacimiento. Jesús le dijo a Nicodemo:

Respondió Jesús y dijo: De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios. Nicodemo le dijo: ¿Cómo puede un hombre nacer siendo viejo? ¿Puede acaso entrar por segunda vez en el vientre de su madre, y nacer? Respondió Jesús: De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios. Lo que es nacido de la carne, carne es; y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es (Juan 3.3-6).

Como Nicodemo pensó que Jesús se refería a un nacimiento físico, no comprendió la naturaleza del nuevo nacimiento. Muchos que viven en esta generación no comprenden cómo uno nace del agua y del Espíritu.

La Gran Comisión que dio Jesús después de su resurrección anuncia las condiciones de salvación. Estas condiciones son fácilmente discernidas a través de una sencilla lectura de la comisión en Mateo, Marco, y Lucas:

Por tanto, id, y haced discípulos a todas las

naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado; y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo. Amén (Mateo 28.19–20).

Y les dijo: Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura. El que creyere y fuere bautizado, será salvo; mas el que no creyere, será condenado (Marcos 16.15–16).

Y les dijo: Así está escrito, y así fue necesario que el Cristo padeciese, y resucitase de los muertos al tercer día; y que se predicase en su nombre el arrepentimiento y el perdón de pecados en todas las naciones, comenzando desde Jerusalén (Lucas 24.46–47).

Haciendo resumen de las condiciones de salvación dadas por Jesús en estos pasajes, podemos ver fácilmente que el evangelio debe predicarse, el pecador debe oír, creer, arrepentirse, y ser bautizado. El resultado es la remisión de los pecados —la salvación. Note este punto importante: Jesús no anunciaba estas condiciones de salvación a los hombres con decirles después que hicieran algo diferente para nacer de nuevo. Por medio de la obediencia a las condiciones de salvación dadas en la comisión de Jesús, como resultado una persona vuelve a nacer del agua y del espíritu, y pasa a formar parte como hijo de la familia de Dios. Pablo escribió, “Pues todos sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús; porque todos los que habéis sido bautizados en Cristo, de Cristo estáis revestidos... Y si vosotros sois de Cristo, ciertamente la simiente de Abraham sois, y herederos según la promesa” (Gálatas 3.26–27, 29).

No es necesario tener un título de médico para saber cómo entra un hijo en nuestra familia física. Hay un engendramiento, una siembra de la semilla humana, luego la concepción de la semilla, y por último, el parto de un niño. En el nuevo nacimiento, el proceso es igual. La semilla del evangelio se siembra en el corazón de una persona, y se concibe cuando uno se convierte a Cristo. El parto culminante por medio del cual se entra a la familia de Dios llega al momento en que el creyente se bautiza en Cristo. Pablo escribió, “De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es: las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas” (2 Corintios 5.17).

## II. LAS RESPONSABILIDADES DE LOS HIJOS EN LA FAMILIA DE DIOS

*En la familia de Dios, los hijos son responsables de vivir una vida de piedad y santificación. Ser santo es estar “sin mezcla” con las maldades de este siglo;*

estar santificado es ser “apartado” del mundo para ser la propiedad misma de Dios, devotos a su servicio. Pablo dijo, “Por lo cual salid de en medio de ellos, y apartaos, dice el Señor, y no toquéis lo inmundo; y yo os recibiré, y seré a vosotros Padre, y vosotros me seréis hijos e hijas, dice el Señor Todopoderoso” (2 Corintios 6.17–18).

Los hijos e hijas en la familia de Dios tienen que “caminar en la luz” de la palabra de Dios. Juan escribió, “Pero si andamos en luz, como él está en luz, tenemos comunión entre nosotros, y la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado” (1 Juan 1.7). Ya que la luz simboliza lo que es verdad y puro, “el caminar en la luz” es vivir según las instrucciones dadas en la palabra de Dios. Esto abarca el practicar lo que es bueno y puro moralmente, al contrario de lo que sea pecaminoso y erróneo. Ya que “Dios es luz”, los de su familia deben “andar como hijos de luz” (Efesios 5.8).

*Los niños de la familia de Dios deben mostrar una semejanza familiar. Muchas veces los hijos en una familia física muestran una semejanza familiar. Se parecen a su padre y a su madre en apariencia física al igual que en su personalidad, aún en el tono de la voz. Muchos hijos han sido llamados “vivas estampas” de sus padres.*

La gente de la familia de Dios debería de tener una semejanza familiar espiritual. Jesús dijo, “En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis amor los unos con los otros” (Juan 13.35). Pablo se refirió a esta idea:

Sed, pues, imitadores de Dios como hijos amados. Y andad en amor, como también Cristo nos amó, y se entregó a sí mismo por nosotros, ofrenda y sacrificio a Dios en olor fragante (Efesios 5.1–2).

Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí (Gálatas 2.20).

*Los hijos de la familia de Dios deben amarse y tener una disposición de bondad y simpatía los unos a los otros. En las familias unidas, los hermanos están dispuestos a ayudarse en tiempos de necesidad. Se perdonan, se critican, aún se regañan sin tratar de echar a alguien fuera de la familia. La familia de Dios, de igual manera, debe tener amor, simpatía, y un afecto amoroso los unos a los otros. Todos deben estar dispuestos a ayudar a cualquier miembro de familia que tenga necesidad. Deben ser misericordiosos y clementes. Se debe administrar la repreensión y la amonestación sin mostrar una actitud cruel. Los que están en*

error deberían de ser corregidos con ternura y deben ser restaurados con un espíritu de mansedumbre. Pablo dijo:

Quitense de vosotros toda amargura, enojo, ira, gritería, y maledicencia, y toda malicia. Antes sed benignos unos con otros, misericordiosos, perdonándoos unos a otros, como Dios también os perdonó a vosotros en Cristo (Efesios 4.31–32).

Hermanos, si alguno fuere sorprendido en alguna falta, vosotros que sois espirituales, restauradle con espíritu de mansedumbre, considerándote a ti mismo, no sea que tú también seas tentado. Sobrellevad los unos las cargas de los otros, y cumplid así la ley de Cristo (Gálatas 6.1–2).

*Los de la familia de Dios deben interesarse por las mismas cosas.* Todos deben estar interesados en lo que contribuya al bienestar y a la edificación de la familia.

A principios de la Gran Depresión de los años treinta, cuando era difícil obtener dinero, la mayoría de las familias no podían darse el lujo de tener un radio. En mi comunidad las familias trabajaban duro, reunían sus escasos ingresos, y se compraban un radio de pilas. ¿Por qué? Porque todos ellos se interesaban por la misma cosa. Creían que un radio contribuiría al gozo de la familia entera.

Cuando la familia de Dios se interesa por las mismas metas espirituales, es fácil convencer a los miembros que reúnan sus recursos, o sea de dinero o de talentos, para servirse unos a otros con el resultado de que “todo el cuerpo, bien concertado y unido entre sí por todas las coyunturas que se ayudan mutuamente, recibe su crecimiento para ir edificándose en amor” (Efesios 4.16).

Los miembros de la familia de Dios se afligen cuando un hermano o hermana en el Señor cae en el pecado y trae desgracia a la familia. Andan tratando de corregir y restaurar a tal persona a la comunión. Santiago dijo, “Hermanos, si alguno de entre vosotros ha extraviado de la verdad, y alguno le hace volver, sepa que el que haga volver al pecador del error de su camino, salvará de muerte un alma, y cubrirá multitud de pecados” (Santiago 5.19–20).

Los miembros fieles de la familia de Dios se interesan por salvar a almas y ministrar en otras formas. El Señor le dijo a Saulo de Tarso, “te envío, para que abras sus ojos, para que se conviertan de las tinieblas a la luz, y de la potestad de Satanás a Dios; para que reciban, por la fe que es en mí, perdón de pecados y herencia entre los santificados” (Hechos 26.17–18).

### III. EL FUTURO DE LA FAMILIA DE DIOS

Ha sido mi triste experiencia observar a los miembros de familias grandes muriéndose uno tras uno. He conocido a familias en las cuales varios miembros de la familia han muerto, quedando con vida sólo uno o dos. ¡Cuánto se afligieron los sobrevivientes cuando vieron morir a sus seres queridos! Algunos de éstos murieron sin el Señor. Aquéllos, entonces, no tienen esperanza de una reunión con sus seres queridos en el más allá. Tal situación es una fuente del más profundo dolor.

Pero en la familia de Dios, es diferente. Los hermanos en Cristo tienen la esperanza de una dulce reunión en el mundo venidero. Los hijos de la familia de Dios son herederos de una herencia más gloriosa. Pablo dijo, “Porque el Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios. Y si hijos, también herederos; herederos de Dios y coherederos de Cristo; si es que padecemos juntamente con él, para que juntamente con él seamos glorificados” (Romanos 8.16–17). Pedro describió la herencia gloriosa de un cristiano:

Bendito el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que según su grande misericordia nos hizo renacer para una esperanza viva, por la resurrección de Jesucristo de los muertos, para una herencia incorruptible, incontaminada e inmarcesible, reservada en los cielos para vosotros, que sois guardados por el poder de Dios mediante la fe, para alcanzar la salvación que está preparada para ser manifestada en el tiempo postrero (1 Pedro 1.3–5).

Muchos de los maravillosos premios que aguardan a la familia de Dios en el futuro aún no han sido revelados. Juan dijo, “Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es” (1 Juan 3.2).

Queda más allá de la débil capacidad del hombre el describir la gloriosa reunión de la familia de Dios al aparecer Jesús en el día postrero. De cada edad, de cada lugar, los santos vendrán marchando gozosamente de sus sepulcros al llamamiento de nuestro bendito Señor. Los que no fueron llamados a experimentar el sabor de la muerte serán cambiados en un momento, en un abrir y cerrar de ojos, a la final trompeta (1 Corintios 15.52). Juntos, los fieles de Dios serán reunidos ante el trono del juicio y darán el grito de victoria al oír decir al Señor, “Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo” (Mateo 25.34).

## CONCLUSIÓN

Yo vivía en Jersey City, Nueva Jersey, al terminar la Segunda Guerra Mundial. En Newark en una ocasión, mientras yo estaba en camino a dirigir un estudio de la Biblia, iba en un tranvía subterráneo. Al salir el tranvía del nivel subterráneo al nivel de las calles, nos dio susto oír sonar docenas de kláxones, el silbido continuo de silbatos de fábricas, y el sonido constante de las sirenas del puerto. Se caían confeti de las ventanas de casas de apartamentos de muchos pisos y de edificios de oficinas. Todos en el tranvía gritaron por gozo,

juntos con cientos de personas llenando las calles. Lágrimas caían mientras oíamos el grito gozoso: "¡La guerra ya se terminó!". Mientras yo trataba de volver a casa, encontré la Plaza Journal atestada de miles de personas que gritaban, lloraban, y celebraban el fin de una terrible guerra.

Tal gozo palidece a la insignificancia en comparación con la gozosa reunión de la gente de Dios cuando se anuncie que la victoria final se haya ganado, y la santa familia celebre la derrota final de Satanás, cantando las alabanzas de Aquél que les ha dado la perfecta paz. ■

©Copyright 1999, 2002, por LA VERDAD PARA HOY  
Todos los derechos reservados